

el sujeto tiene la posibilidad de liberarse respecto de las imposiciones de la realidad. En la obra de arte se vierte una intención significativa del artista, que expresa una peculiar situación afectiva, cuya base se halla en sus deseos, sus pasiones y sus impulsos. Lo que quiere decir que la obra de arte manifiesta plásticamente los mismos procesos inconscientes que en principio desencadenan la enfermedad mental. El interés del psicoanálisis freudiano es en cualquier caso el de la liberación reflexiva de la ilusión, y en este caso de la ilusión artística, a través de la interpretación y la crítica de la obra de arte. Sin embargo, si bien el psicoanálisis pretende poder curar la enfermedad mental, la crítica consciente de la obra de arte destruye la experiencia artística propiamente dicha. En consecuencia, la liberación de la ilusión paga otro tributo: el abandono del anhelo de liberación de las limitaciones y obligaciones de la realidad, frente a la expresión plena de los deseos e impulsos.

No obstante, la creación artística requiere también un cierto proyecto más o menos definido de antemano, emplea una técnica y logra un resultado. En otras palabras, posee la capacidad de modificar o transfigurar la realidad. De manera que el arte tendría también un hueco en la Modernidad, situándose entre la realidad (sus aspectos modernos: proyecto, técnica y resultado), que rechaza los deseos, y la fantasía (su aspecto ilusorio y liberador respecto de la realidad), donde caben sin límites. El arte sería así un terreno propio del hombre adulto, pero que conserva al niño, o del niño convertido en adulto, pero que ha sabido conservar la salud. El arte sería una forma admitida y consentida por el adulto para poder soportar los efectos de la madurez y de la Modernidad.

Por último, el libro se aproxima a la idea de filosofía, en su relación con el tema de la muerte, en la medida en que pueda considerarse éste como un desencadenante de la reflexión filosófica. Por una parte, la Modernidad y el adulto chocan con el problema de la muerte, en la medida en que tratan por todos los medios de apartarla del centro de atención y de situarla al margen, como resultado del miedo a una realidad no digerida, no asumida. Y ello por medio de la idea de la temporalidad del proyecto y del progreso, esto es, de la temporalidad lineal de la infinitud. Por otra parte, el espíritu del niño y del hombre primitivo, lo inconsciente del hombre, permanece convencido de la propia inmortalidad. De forma que la actitud adulta y moderna viviría a la vez de la conciencia de la muerte y del deseo de inmortalidad. En este sentido, el papel, no enteramente estudiado por Freud, que le correspondería a la filosofía, sería el de prolongar la niñez, en la medida en que, desencadenada por la temática de la muerte, se propondría como respuesta crítica ante la realidad en todos sus sentidos.

Ricardo ACEBES JIMÉNEZ

DOMÍNGUEZ, A.: *Biografías de Spinoza*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, 297 págs.

Resulta muy gratificante comprobar que entre las últimas publicaciones filosóficas se puede encontrar un libro a primera vista escrito para estudiosos de la obra spinoziana, pero que, en realidad, es una excepción a tanta filosofía de última hora que, por limitarse a las exigencias de la demanda, resulta excesivamente pragmática.

Algo parecido a lo que significa Ángel Alcalá cuando hablamos de Miguel Servet, representa Atilano Domínguez cuando de quien se trata es de Baruch Spinoza o Spinoza o Espinosa. En esta obra corre a cargo del Profesor Domínguez Basalo la selección de los textos, la introducción, traducción, notas e índices.

Por lo que respecta a la selección de los textos, se aprecia la familiaridad del Profesor Domínguez con la obra del polémico filósofo, así como la variedad de interpretaciones que ofrece al lector a través de sólo cinco biografías de las más cercanas a la época en que vivió Spinoza. La introducción posee las características correspondientes a una edición crítica, por lo que se encuentra en ella una descripción sucinta de lo que va a ser la obra, la situación del debate acerca de los datos disponibles sobre Spinoza y la posición del propio A. Domínguez en ese debate. Finalmente, se puede decir de las notas que muestran una extensa erudición y completan admirablemente el texto, aunque su colocación al final del libro hace un tanto incómoda la lectura.

La obra en cuestión está dividida en dos partes: la primera dedicada a las biografías, y una segunda parte que ofrece todo tipo de noticias sobre la vida del filósofo Spinoza.

El Prof. Domínguez Basalo ha optado por organizar los textos atendiendo al orden cronológico, por tanto, la primera de las biografías es la que aparece en el *Prefacio* de las *Obras póstumas* de Spinoza (1677), que corre a cargo de su amigo Jarig Jelles. Este texto ha sido omitido y parcialmente subsanado hasta que, en este siglo, se ha conseguido recuperar íntegramente.

La estructura de la biografía de Jelles se compone de dos breves secciones biográficas situadas al comienzo y al final, y un cuerpo central de carácter doctrinal y apologético. Es obvio que lo que más interesa a Jelles es hablar de la doctrina del conocido como «filósofo más impío de toda la historia» para intentar limpiar su nombre. Además, siguiendo a Atilano Domínguez cuando señala que el valor de un escrito, sobre todo si es biográfico, «sólo puede ser adecuadamente medido si se sabe quién es su autor» (pág. 15), habrá que destacar que Jelles antes que spinozista era cristiano.

Jelles se centra en las acusaciones de panteísmo y determinismo, así como en la crítica que se le hacía a Spinoza de suprimir toda obligación moral. Siguiendo la interpretación que aquí se ofrece se puede encontrar entre Servet y Spinoza cierta coincidencia a la hora de explicar el significado de la venida de Cristo. Éste vino al mundo para liberarnos de la ley del Antiguo Testamento. Como destaca el teólogo aragonés, el Antiguo y el Nuevo Testamento difieren como vieja y nueva alianza, como sombra y verdad, letra muerta y letra viva.

Este intérprete considera que existe una perfecta adecuación entre lo que prescribe la razón spinoziana y lo que aparece en la síntesis de las Tablas de la Ley. Aboga por un cristianismo ilustrado que se basa en actuar por propia convicción y desde las propias ideas. Y, como cristiano ilustrado, Jelles acude directamente a las *Sagradas Escrituras* para dar más peso a sus argumentos.

En segundo lugar encontramos la breve biografía de Pierre Bayle (1697-1702). A. Domínguez señala lo sorprendente que resulta que no haya una edición de este texto en castellano, puesto que ha sido traducido y reeditado en numerosas ocasiones.

Bayle sentía una gran curiosidad por la figura de Spinoza y contó con los medios necesarios para saciarla. Como consecuencia tenemos una biografía que simpatiza con la vida y el carácter de Spinoza —hombre de trato fácil, afable, honrado, cumplidor y de costumbres ordenadas—, al mismo tiempo que intenta destruir su

sistema teórico: le acusa de ser un desertor del judaísmo, ateo de sistema y oscuro elaborador de una doctrina que traiciona el sentido común. Como suele ocurrir, al final la crítica prevalece sobre la admiración y Bayle le acusa de ser intelectualmente poco honesto, falto de sinceridad con los cristianos y cobarde ante la muerte.

El Prof. Domínguez Basalo no está de acuerdo con la opinión mayoritaria que coincide en considerar que esta biografía sólo aporta unos detalles y depende manifiestamente de las de Kortholt y Lucas.

También estima que la biografía de Kortholt (1700) ha sido subestimada. A pesar de describir a Spinoza como un ateo malvado, autor de tenebrosos libros y padre de monstruosas opiniones, sabe constatar sus noticias e impresiones sin adornarlas con fantasías. El problema es que no ofrece las fuentes documentales, a pesar de lo cual es difícil dudar de los pormenorizados datos biográficos que aporta. Ahora bien, en lo que le resulta imposible ser menos parcial es acerca del contenido de las obras del polémico filósofo.

Tras esta breve obra nos sitúa A. Domínguez ante la biografía antigua más completa que conocemos sobre Spinoza (1705). El motivo fundamental que impulsa a Colerus a interesarse por este filósofo es la inquietud religiosa que le produjo su influencia. Este pastor protestante dedicó más de veinte años a reunir información sobre «el filósofo ateo» y, como en el caso de Bayle, elogia su vida y censura su doctrina. Reconoce, pues, que Spinoza estaba dotado de un vivo ingenio y una rápida inteligencia, y lo juzga sobrio por naturaleza. No obstante, como el propio Colerus confiesa, lo que intenta con su biografía es infundir en los cristianos terror y aversión hacia las enseñanzas del «más impío ateo que jamás haya aparecido en el mundo» (pág. 126).

Destaca la cantidad de textos que difunde acerca de la excomunión de Spinoza y de la circunstancia que rodea su muerte. Cuando habla de su doctrina comienza diciendo que ha descubierto en ella numerosas peticiones de principio. Y continúa, argumentando que el Dios de Spinoza es un no-dios porque reduce a Dios a la materia. Quizá este presunto materialismo sea el que le lleva más allá de la heterodoxa postura servetiana en lo que respecta a la naturaleza de Jesucristo. Para Servet, aunque hombre mortal, Cristo es verdadero hijo de Dios, mientras que Spinoza (según Colerus) defiende que sólo es un hombre en el que la eterna sabiduría de Dios se encuentra en su más alto grado. En la última parte, Colerus ilustra al lector ofreciéndole una larga lista de autores que han refutado a Spinoza.

Mientras la crítica sólo otorga confianza a la parte biográfica situada en La Haya, A. Domínguez matiza que Colerus también informa sobre el período de Amsterdam y no habla en absoluto de épocas que aparecen bien iluminadas en la *Correspondencia*. Los abundantes errores en los que incurre los atribuye a su carácter poco cuidadoso.

La quinta y última biografía corresponde probablemente al médico calvinista Jean Maximilien Lucas (1712). Acerca de esta obra todo es incierto, y esta incertidumbre hace que se cuestione este panegírico al filósofo que luchó por la verdad y la razón.

Cuenta Lucas que Spinoza escribió una obra sobre la filosofía de Descartes para calmar los ánimos de los cartesianos, y así poder recuperar su soledad y sosiego. A tanto llegaba su virtud que no temía las consecuencias de la pobreza, y, a pesar de su naturaleza enfermiza, se mostró siempre sensible al dolor ajeno. En definitiva, la desgracia de Spinoza fue ser demasiado bueno y demasiado ilustrado.

Posteriormente aborda las ideas del filósofo y destaca como mayores y más fre-

cuentes defectos de los hombres la pereza y la presunción. La ignorancia suele proceder de la cobardía ante lo que supone apartarse de la costumbre y las enseñanzas adquiridas. Presenta a un Spinoza enemigo de la superstición y creyente en la virtud, aunque en un sentido más positivo que los estoicos.

En lo que atañe a esta biografía, Atilano Domínguez cree que «la verdadera prueba de fuego está en las fuentes de Lucas y en sus extraños paralelismos con Colerus» (pág. 29). Y resuelve que Lucas manejó el texto de Colerus, para sintetizarlo en unos casos y replicarle en las críticas.

Los documentos que componen la segunda sección proceden de fuentes absolutamente dispares. Sobre el padre de Spinoza existen varios documentos notariales, y acerca del filósofo ha quedado constancia, entre otras cosas, de su excomunión, su contacto con Huygens, del interés de Leibniz por su obra y de su entierro en una fosa común y alquilada.

Atilano Domínguez, a la hora de informar sobre la biblioteca de Spinoza, se ha apoyado en el intento de reconstrucción de la misma efectuado en La Haya, pero también ha recurrido a otras fuentes y a investigaciones propias. La biblioteca contenía obras de Tácito, Tito Livio, Diofanto, Aristóteles, Huygens, San Agustín, Maimónides, Calvino, Descartes, Virgilio, Quevedo, Maquiavelo, Tomás Moro, Góngora, Keppler, Hipócrates, Epicteto, Cervantes, Boyle, Séneca, Gracián, Hobbes, Ovidio, Bacon, Plauto, Cicerón, Petrarca, Euclides...

Estas *Biografías de Spinoza* reflejan la etapa fundacional de los estudios spinozianos, después hay un largo paréntesis que abarca el período situado entre los años 1719 y 1896, y a partir de 1896 comienza una nueva época marcada por el hallazgo de una vasta documentación archivística.

En la actualidad se enjuicia muy duramente la fiabilidad de los datos biográficos existentes sobre Spinoza. A. Domínguez explica estas críticas como fruto de la confusión entre lo que son dudas sobre los detalles, y la ignorancia sobre los hechos que pertenecen a la vida del extraño filósofo. Y si esto fuera poco, la exigencia de certidumbre obliga a desechar toda fuente que no sea la *Correspondencia* y el *Prefacio* de la *Opera Posthuma*. Este estudioso de la obra spinoziana muestra reservas ante un método gobernado por el escepticismo, que no hace más que encubrir un arbitrario reduccionismo metodológico: «Hacemos nuestra la opinión crítica e integradora de aquellos que no excluyen ningún documento, sino que los someten todos al propio análisis y al contraste mutuo» (pág. 35).

Ana Pilar ESTEVE

VV.AA.: *La ética de Spinoza. Fundamentos y significado*. Actas del Congreso Internacional: Almagro, 24-26 de octubre de 1990. Edición preparada por Atilano Domínguez. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1992, 521 págs.

VV.AA.: *Spinoza y España*. Actas del Congreso Internacional sobre «Relaciones entre Spinoza y España»: Almagro, 5-7 de noviembre de 1992. Edición preparada por Atilano Domínguez. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1994, 348 págs.